

DISCURSO

Pronunciado por el Dr. José Eleuterio González en la solemne distribución de premios del Colegio civil de Monterey, verificada el día 27 de Agosto de 1871.

La perfectibilidad humana existe por la inteligencia; es una consecuencia precisa de la razón inteligente, don del Cielo, por el cual esa perfectibilidad es un poder activo que se eleva independiente en medio del universo, y trabaja incesantemente aspirando al dominio del mundo, reformando las naciones, haciendo las ruinas de un imperio sobre las de otro imperio, asentando sobre las últimas uno nuevo que á su vez es la base de otro mas lozano y conduciendo paso á paso á generaciones sobre generaciones hasta dominarlo todo.

Varela de Montes Ens. de Antropol.
1, p. 118.

No es el estado social á quien el hombre debe la perfectibilidad de su inteligencia: no la debe tampoco al admirable uso de la palabra razonada: ni menos la debe á la educación. Poderosos medios son estos, sin duda,

con los cuales se desarrolla la inteligencia; pero del todo inútiles si se emplean en donde la inteligencia no existe. Confesemos, pues, que la potencia intelectual no es obra de nosotros ni de las circunstancias que puedan rodearnos, sino un don del cielo, habido únicamente por la voluntad suprema y el omnímmodo poder de Aquel que no conoce límites en su facultad creadora; y que al darnos este precioso don inmaterial, quiso dejar á nuestro cuidado y obligación su perfeccionamiento, es decir, que nos dió el entendimiento perfectible. Como nuncios de esta inteligencia, capaz de perfeccionarse, se presentan desde luego en el alma el deseo de saber y el deseo de que lo sabido no se pierda; sino que se comunique á otros hombres para que, añadiendo ellos á su vez nuevos conocimientos, avance de mas en mas la humana inteligencia. De estos dos simples deseos, tan insignificantes al parecer, nacieron todas las ciencias, y por ellos adelantan y adelantarán en los venideros tiempos. Ellos han atormentado siempre á los hombres, haciéndolos discurrir los mas ingeniosos medios, para conseguir su fin, ¡Ah! ¡cúán admirable es la eterna sabiduría que de tan ¡pequeños principios sabe derivar resultados tan estupendos!

Apenas se vió el hombre salido de las manos de su hacedor, cuando su natural curiosidad y las imperiosas necesidades de su natu-

raleza le impulsaron á examinar cuanto le rodeaba, para sacar de este exámen todo el provecho posible. Adoptó el curso de los astros para distinguir los tiempos: utilizó la fertilidad de la tierra para proveerse de alimentos: aprovechó las pieles de los animales para cubrirse y abrigarse: escogió las sombras más densas de los bosques y las más cómodas grutas de los montes para guarecerse de la intemperie: fijó su morada cerca de las aguas, siempre nuevas, de los ríos ó de las fuentes que mitigaban su sed: eligió los más duros pedernales y las maderas más idóneas para proporcionarse armas, utensilios é instrumentos. Su experiencia, siempre creciente, le hizo distinguir cada vez mejor las cosas y escoger siempre lo más útil. Mas apenas también se halló poseedor de algunos conocimientos, cuando una nueva necesidad brotó del fondo de su alma: sintió y comprendió que le era necesario transmitir á sus pósteros el resultado de sus penosas investigaciones. La tradición oral se presentó como el medio más sencillo y natural de efectuar la deseada transmisión; pero lo inseguro é infiel de este primer medio, dejaba poco satisfecho al espíritu del hombre, por lo que apuró los recursos de su fecundo ingenio hasta encontrar el modo de materializar las ideas representándolas con figuras sobre objetos materiales.

Palabra y escritura, hé aquí los primeros

frutos de la inteligencia perfectible. Palabra y escritura, primeras invenciones del hombre, más grandiosas y mejores que cuantas se han hecho después. Palabra y escritura, portentosos medios de perfeccionamiento, sin los cuales las ciencias no existirían y la infancia del género humano se hubiera perpetuado indefinidamente. Por la palabra y la escritura nos comunicamos nuestros pensamientos: con la palabra y la escritura se halla enlazada y unida la humanidad entera; y sin la palabra y la escritura, nosotros no aprovecharíamos las ideas de nuestros mayores, ni podríamos transmitir las nuestras á los que vengan después de nosotros. ¿Queréis convincentes pruebas de estas verdades? Abrid la historia.

Moyses, el más verídico, antiguo y respetable de los historiadores, sencillamente nos refiere la historia de la creación y de los hombres antediluvianos, la catástrofe del diluvio, la salvación de Noé y de su familia, la fundación de Babilonia, la confusión de los idiomas y la separación de las diversas familias.

El caldeo Beroso citado por Du Clot, nos refiere, que Saturno se apareció en sueños á Xysustro, décimo rey de Babilonia, y le mandó que escribiera sobre piedras el principio, la historia y el fin de las cosas, y que estos escritos los enterrara en Sipáris, ciudad del sol, en el país de los Armeños para que no se perdieran en el espantoso diluvio con que iba

precisamente á castigar á la tierra delincuente. El diluvio sobrevino en efecto, Xystro, con su familia fué librado del horrendo cataclismo y trasportado mas tarde á la mancion de los Dioces. Sus descendientes repoblaron la tierra, sacaron los escritos de Sipáris, los trajeron á Babilonia; y así pudieron conservarse los conocimientos antidiluvianos.

Flavio Josefo tambien refiere, que sabiendo los hombres primitivos, por boca de sus profetas, que Dios pensaba castigar á la humana raza con el diluvio universal, quisieron que sus observaciones astronómicas y sus demas conocimientos se trasmitieran á las generaciones postdiluvianas, y para esto grabaron estas cosas, con geroglíficos en grandes columnas, unas de ladrillo y otras de piedra. El mismo historiador da testimonio de que en su tiempo aun se veía en la Siria uno de estos antiquísimos y venerables monumentos.

Así fué como por medios tan sencillos y admirables pudieron, al través de los siglos, y á pesar del universal cataclismo, conservarse los adquiridos conocimientos hasta venir á reunirse en Babilonia, poblada por las primeras generaciones postdiluvianas, para esparcirse despues por todo el mundo.

El pueblo babilonio, ese pueblo primitivo, padre de todos los pueblos y depositario de las tradiciones antiguas, difundió con la po-

blacion sobre la tierra todo lo que sabia: casi no hay un pueblo que, con algunas variaciones fáciles de explicar, no conserve las tradiciones babilónicas. La creacion de todas las cosas por una inteligencia superior y omnipotente, la caída del hombre de su primitiva inocencia, la perversion de la raza humana y su castigo con el universal diluvio, una familia librada de las aguas para repoblar la tierra, la confusion de las lenguas y la dispersion de las gentes. ¿Cómo sería posible que pueblos separados por millares de leguas, tan distintos entre sí, tan diferentes en idiomas, tan diversos en costumbres, tuvieran las mismas noticias si no procedieran todos de un mismo origen? Por cierto que ninguna violencia necesita el espíritu para creer en la unidad de la humana especie y en que nuestra primitiva patria está en la llanura de Sennaar.

Salidas de Babilonia las diversas familias fueron adquiriendo diferentes conocimientos, fueron discurriendo de distinta manera; y segun los lugares que habitaban, las necesidades que sufrían, los gustos á que se inclinaban y las influencias que recibían, cada una se hizo una civilizacion de un especial carácter. Muchos han seguido y estudiado la civilizacion europea, derivándola de la romana, la romana de la griega, la griega de la egipcia y ésta de la babilónica. Muchos otros han

seguido el curso de los progresos del entendimiento en el Asia, estudián los en la Persia, en la India y en la China; pero dejemos al viejo mundo con su bien seguida historia, con su antigua y bien conocida ilustración; y vengamos á lo que mas nos importa, á las cosas de nuestra tierra. Procuremos penetrar, con las escasas luces de nuestra pobre historia, en las tinieblas que rodean el origen y los progresos de los antiguos habitantes del nuevo mundo.

Cuantos han escrito sobre el origen de las razas americanas convienen, en que las lenguas y las instituciones de los pueblos civilizados, que se hallaron en América, suponen un largísimo período de siglos para formarse, en que lo mas seguro es que los primeros americanos procedieron de la Asia oriental; y en que su separacion de las familias asiáticas debió ser en remotísimos tiempos, ántes del establecimiento de las creencias religiosas entre ellas. Ahora bien, si contra el escepticismo de los que solo creen lo que autores europeos refieren, y lo que filósofos europeos discurren, seguimos á nuestro ilustre compatriota Veytia, apoyado en los mapas geográficos de los Toltecas y Mexicanos y en los escritos de los autores indios, que vinieron antes y despues de la conquista, verémos designado, con las mejores condiciones de credibilidad, el paso de los hombres del Asia oriental á la América en remotísimos tiempos, y que gastaron

un gran número de siglos en formar y pulir su idioma y sus instituciones.

Cuando se confundió el lenguaje de los hombres, siete familias se hallaron que hablaban el idioma Nahuatl y reunidas caminaron á la ventura haciendo rumbo al Oriente. El obispo Nuñez de la Vega añade que el jefe que conducia estas familias se llamaba Teponahuastle. Siglos enteros pergrinaron estas gentes hasta que llegaron á la parte mas oriental de la Asia. En balsas de cañas y de palos atravesaron un brazo de mar, y abordaron al extremo mas occidental del Nuevo Mundo. Siguiéron su trabajosa peregrinacion y vinieron á parar en un punto de las regiones boreales de este continente, al que por el color rojizo de la tierra, llamaron Tlapallan. Aquí habitaron en unas grutas naturales, halladas al acaso, y en otras que ellos hicieron, aquí se multiplicaron en gran manera; y de aquí salieron numerosas cuadrillas, que poblaron de tribus nómades diferentes regiones. Este es el gran Imperio Chichimeca del Norte; ésta es la célebre Huehuetlapallan, es decir, Tlapallan la vieja, su pirada patria de todas las naciones que poblaron la América septentrional. ¿Qué grado tan alto de verosimilitud no da á esta relacion histórica la notable circunstancia de haberse hallado tan vivas entre estas gentes las tradiciones babilónicas?

Ni en sus dilatados y penosos viajes, ni en su larga permanencia en Huehuetlapallan dejaron nuestros mayores de adelantar algo en la carrera de la civilización: desde muy antiguo poseyeron el arte de escribir geroglíficos, que acaso aprendieron de algun pueblo asiático; el ilustre Humboldt dice que el calendario azteca es algo parecido al mogol, y señaló dos geroglíficos enteramente iguales en ambos. Mas de un siglo antes que Julio César pensara en la ordinación juliana, el emperador chichimeca reunió en Huehuetlapallan una gran junta de sabios para que arreglara el cómputo de los tiempos, é hiciera un calendario adoptable á las necesidades de la nación. De las prolijas y fecundas elucubraciones de estos sabios resultó un cómputo tan ajustado y un calendario tan útil y perfecto, que el sabio Humboldt no dudó asegurar, que es mucho mas exacto que el romano, que el griego y que el egipcio; y el caballero Boturini dice, que este calendario es de cuatro especies; natural para la agricultura, cronológico para la historia, ritual para las fiestas, y astronómico con respecto al curso de los astros. Muchos autores, aun de los modernos, niegan á los indios la inteligencia y conocimientos necesarios para obra tan perfecta: y dicen que la recibían de algun pueblo sabio, desconocido para nosotros. ¡Oh Dios! ¡cuan bueno sería resucitar á Paulo III, para que en estos

tiempos renovara su breve, declarando segunda vez que los indios americanos son hombres!

No solo progresó entre ellos la cultura del entendimiento, sino que tambien adelantaron en las artes. Una tribu de chichimecas sobresalió mucho en habilidad y destreza para las obras de agricultura, de construcción, de tejidos, de platería, de fundición, de grabar en piedra y otras muchas. Estos fueron llamados Toltecas, esto es, artífices, los cuales reunidos edificaron á Tlachicatzin, primera ciudad formada de casas de piedra.

Entre tanto el principio de la era cristiana se aproximaba y numerosas tribus de chichimecas y toltecas, descendiendo á las regiones marítimas del golfo, navegaron costa á costa en balsas y canoas hasta que aportaron á Pánuco, y de allí dirigiéndose á las partes mas centrales del continente, caminaron rumbo al austro y vinieron á morar en las riberas de los grandes rios Atoyac y Zahuapan. Tal es el origen de los Olmecas, Xicalancas y Zapotecas, primeros pobladores del Anáhuac. Los Olmecas, edificaron á Cholula y su gran Teocalli. Monumento grandioso, admiracion de los viajeros, mas grande que la mayor de las antiguas pirámides de egipto. Gemelli-Careri quiere que estos Olmecas procedan de los Ulmequios de la Atlántida de Platon; pero se olvida de que los tales Olmecas hablaban el idioma Nahuatl.

Como á un siglo de fundada Cholula vino á hacerla célebre un personaje misterioso: su aspecto venerable, sus ojos azules, su barba rubia y crecida, su elevada estatura, y el profundo acatamiento, con que lo veían sus numerosos discípulos, le daban un aire sobrenatural. Venía de las regiones boreales, predicando por todas partes los beneficios de la vida civil, enseñando la agricultura, las artes y una religion nueva, que estaba fundada en el vencimiento de las pasiones, en ayunos y penitencias, en el ódio al vicio, en el amor á la virtud, en oraciones y en la adoracion de la Cruz. Tal fué Quetzalcohuatl gran sacerdote y divinidad principal de Cholula. El dominicano García lo hace irlandés, mas Veyña y el Dr. Mier quieren que fuera el apóstol Santo Tomas. Lo cierto es que era adorado como Dios del aire y que los reyes de México se consideraban como sus lugartenientes, circunstancia que, como todos saben, fué bien explotada por el astuto Cortes.

Convertida desde entonces Cholula en la ciudad santa de la América, los muchos romeros y devotos que la visitaban, la hicieron un foco de civilizacion y de comercio, el sacerdocio y el gobierno se organizaron de mejor manera, las artes se desarrollaron, y sus fiestas eran famosas por su esplendidez y lucimiento, celebrándose con representaciones

teatrales y con admirables juegos de agilidad y de fuerza.

Esto pasaba al Sur de la América Septentrional en los primeros siglos del cristianismo: en el Norte el imperio chichimeca estaba cada dia mas pujante; pero las regiones intermedias estaban habitadas por tribus nómades y salvages.

Yo no sé que desconocidas causas obrando á un mismo tiempo en ambos continentes, determinaron así en el Viejo como en el Nuevo Mundo, un inmenso reflujo de las apiñadas naciones del Norte hácia las regiones australes. La Escandinavia, la Góthia, la Escitia y el Quersoneso Címbrico arrojaron sobre la Europa aquel desatado torrente de bárbaros, que derrocaron el imperio romano: el Norte de América lanzó á la Mesa central del Anáhuac las numerosas tribus de Toltecas, Chichimecas, Acolhuas y Nahuatlacas: y la Asia oriental descargó sobre la América hordas inmensas de bárbaros, tal vez de origen tártaro. Esta última circunstancia hizo decir al insigne Baron de Humboldt: "Los Toltecas ó los Aztecas pueden ser "una porcion de aquellos Hiongnox "que, segun las historias chinas, emigraron con su gefe Punnon, y se perdieron al Norte de la Siberia." Pero el ilustre viagero olvidó como Gemelli que las naciones Tolteca y Azteca no hablaban mas que el idioma Nahual. Estos Hiong-